

Queridos amigos:

Con María esperamos en oración el don de los dones, el **Espíritu Santo**, desde nuestra humanidad anhelante y peregrina. Lo hacemos desde contextos marcados por la desigualdad social y por el vacío existencial, muchas veces fomentadas por el espurio interés de quienes en lugar de servir se sirven de la cosa pública para enriquecerse y perpetuarse, sin interés alguno por el bien común, es decir por el pueblo al que dicen representar...

Lo hacemos conscientes de nuestra fragilidad frente a la misión recibida, la de ser sal de la tierra y luz del mundo, una misión que recibimos de Jesús, a través de su Iglesia de la que somos parte, llamada siempre a renovarse, a convertirse, a salir, justamente a las periferias existenciales de nuestras realidades cotidianas muchas veces marcadas por el dolor.

Ven Espíritu Santo, es el gemido de toda la creación que en nosotros se hace consciente. Ven espíritu Santo a renovar la faz de esta nuestra tierra!



Con ese ánimo de espera y anhelo que caracteriza el fin del tiempo pascual, les comparto algunas novedades de nuestra misión en Xipamanine:

1.- Año Jubilar de la Arquidiócesis de Maputo: desde octubre pasado y hasta el próximo 6 de setiembre, estamos viviendo el año jubilar. La alegría por el aniversario celebrado nos impulsa a agradecer a Dios por tantas maravillas acontecidas, fruto de su Amor acogido (memoria) y al mismo tiempo renovar nuestro compromiso bautismal, nuestro empeño por servir a Dios en la humanidad (presente y futuro).

En general en todas las parroquias y comunidades se va entrando en este espíritu, a través de charlas, oraciones y eventos especiales. Como es la característica aquí, ya están en uso las capulanas, remeras y gorritos con el logo alusivo.

Para nosotros el jubileo significa una oportunidad de salir más y tornarnos una Iglesia "más callejera": así lo hicimos con los Vía Crucis y los Vía Lucis que celebramos, así lo haremos en la próxima Novena del Perpetuo Socorro, donde celebraremos en cada uno de las cinco zonas en que se divide la Parroquia.

También coincide con la renovación de la animación de los diversos ministerios, algo no siempre fácil de vivir pues a todos se nos pega el gusto por estar al frente, la susceptibilidad que nace al tener que salir, etc. Esperamos que el espíritu jubilar nos impregne para vivir el evangelio del servidor, que todo da de sí y nada reclama, a ejemplo de Jesús.

2.- Peregrinación arquidiocesana al Santuario de Namaacha: celebramos el fin de semana pasado, la peregrinación anual de toda la Arquidiócesis a su santuario, sito en la villa serrana de Namaacha, a unos 80 km de Maputo.

La gran mayoría hace su peregrinación en ómnibus o coches particulares y solo un reducido grupo lo hace a pie, saliendo generalmente el viernes a la mañana, para llegar el sábado de madrugada. El programa de la peregrinación es bien compacto y se intenta crear un espíritu de oración en todos. Oficialmente la peregrinación comienza con el rezo del Rosario a las 14 horas del sábado, luego se hace el Vía Crucis (este año por primera vez fue el Vía Lucis), al término del cual hay un espacio para las confesiones. A las 18:30 se celebra la Misa, seguida de una procesión por las calles del pueblo. Acabada la misma (cerca de las 22 horas) hay un breve intervalo, y luego se realiza una adoración al Santísimo Sacramento hasta la mañana siguiente. Esta adoración, que se extiende desde las 22:00 hasta las 6:30 de la mañana del domingo, es realizada por grupos parroquiales, previamente designados.

A las 7:00 horas es la Misa Final, luego la procesión del adiós (la imagen vuelva al santuario) y luego el camino de retorno a casa.

La peregrinación va ganando en organización cada año, y se van mejorando las condiciones físicas para los peregrinos lentamente, de acuerdo a la capacidad de la diócesis. Esta mejora ayuda a crear un clima de oración, quedando reducidos los espacios para aquellos que entienden la peregrinación como un deporte y divertimento y se dedican a beber y a escuchar música solamente.

El camino a pie cuenta con un equipo de apoyo que es coordinado por nuestro hermano Marcelo, servidor a tiempo completo. Participan laicos y religiosos, para dar asistencia a los peregrinos, muchos de los cuales quedan por el camino, exhaustos con las largas subidas muy pronunciadas que presenta el trazado.

Es un trabajo con varias instituciones: la policía, los bomberos, la salud pública y la cruz roja son las principales. Gracias al diálogo se va logrando que su accionar ayude y no entorpezca al normal desarrollo de la misma.

Difícil es calcular el número de peregrinos, que va en aumento cada año. Se crea un lindo clima de convivencia entre la gente, especialmente entre quienes comparten el transporte. Las comidas y la noche al aire libre, ayudan a compartir, rezar y cantar...

De nuestra parroquia salieron 5 ómnibus de 32 asientos cada uno y unos 35 carros particulares. Junto al grupo de peregrinos a pie (unos veinte en total) suman más de 250 personas.

En la homilía final, el arzobispo insistió mucho en el testimonio de vida, que es el fruto de una vida vivida en Cristo. También contó la experiencia de la visita a Roma de todos los obispos (visita ad Limina que se realiza cada 5 años) y como compartieron con el Papa Francisco quien envió sus saludos y bendición para todos los presentes. Como se imaginan arrancó un estruendoso aplauso, acrecentado cuando dijo que lo habían invitado a venir al país. (Ver el discurso del Papa a los obispos mozambicanos aparte)

Pienso que la peregrinación es un momento muy importante para todos. Se la prepara y motiva en los núcleos y también a nivel parroquial, con una celebración especial. Los que van desde la parroquia, parten luego de una oración y al volver lo primero que hacen es entrar en el templo para agradecer. En el camino se va rezando el rosario y cantando, creando ese clima de alegría que da el estar juntos caminando al encuentro del Señor.

Personalmente fue mi primera peregrinación. Fue mi reencuentro con la realidad de los santuarios y su innegable capacidad de generar vida nueva, un verdadero lugar teológico, donde muchísimos se abren a la gracia de la Confesión luego de años y años. En ese sentido tuve la experiencia de que llegaron personas de otras religiones pidiendo la confesión, algo que nunca me había pasado. La gracia y el Espíritu actúan de manera impredecible. Constatar eso nos hace mucho bien, pues nos mantiene humildes y abiertos, procurando sintonizar con su Presencia, ciertamente mayor que los contornos de la realidad institucional.

También fue un momento de alegría sacerdotal, al compartir horas y horas de confesionario con tantos colegas, conscientes de que llevamos el tesoro en la vasija de barro que somos, la cual depositamos a los pies de nuestra Madre, a quien rezamos junto a todo el pueblo: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora...y en la hora de nuestra muerte. Amén!

Anexo: Este es el discurso del Papa Francisco a los obispos de Mozambique, al término de su visita Ad Limina Apostolorum. Leyendo entre líneas podemos tener una idea de cómo se ve el camino de esta Iglesia local desde roma, y sobretodo cuáles son los desafíos y problemas que enfrenta. El portugués es accesible para todos...

**DISCURSO DO PAPA FRANCISCO  
AOS BISPOS DA CONFERÊNCIA EPISCOPAL DE MOÇAMBIQUE  
EM VISITA "AD LIMINA APOSTOLORUM"**

*Sábado, 9 de Maio de 2015*

**b**



*Amados Irmãos no episcopado!*

Sede bem-vindos *ad limina Apostolorum*, meta da visita por vós empreendida nestes dias para, com as vossas dioceses no coração, celebrardes e estreitardes ainda mais os vínculos entre vós e com a Igreja de Roma que preside à caridade. Somos um único povo, com uma só alma, convocados pelo Senhor que nos ama e sustenta. Com fraterna alegria, vos acolho e saúdo,

estendendo esta minha saudação aos cardeais Alexandre e Júlio, aos bispos eméritos, ao clero diocesano e missionário, aos consagrados e consagradas e a todos os fiéis leigos de Moçambique nomeadamente aos catequistas e animadores das pequenas comunidades cristãs. Agradeço a D. Lúcio Muandula as palavras que me dirigiu em nome de toda a Conferência Episcopal, compartilhando as alegrias e esperanças, as dificuldade e inquietações do vosso povo. Exprimo-vos a minha gratidão pelo generoso trabalho pastoral que levais a cabo nas vossas comunidades diocesanas e asseguro-vos a minha constante união e solidariedade espiritual. Por minha vez, peço que não vos esqueçais de rezar por mim, a fim de que eu possa ajudar a Igreja naquilo que o Senhor deseja que a ajude.

«Tu amas-me?» – perguntara Ele a Pedro, continuando a pergunta a ressoar no coração dos seus sucessores. E, à minha resposta afirmativa, pediu-me: «Apascenta as minhas ovelhas» (cf. *Jo* 21, 15-17). E o mesmo – estou certo! – aconteceu convosco. O Senhor faz-Se mendigo de amor e interroga-nos sobre a única questão verdadeiramente essencial para apascentar as suas ovelhas, a sua Igreja. Jesus é o Pastor supremo da Igreja e é em seu nome e por seu mandato que nós temos o cuidado de guardar o seu rebanho com plena disponibilidade até ao dom total da nossa vida. Ponhamos de parte todas as possíveis importâncias e falsas presunções, para nos inclinarmos a «lavar os pés» de quantos o Senhor nos confiou.

Na vossa solicitude pastoral, reservai um lugar particular, muito particular, para os vossos sacerdotes. Deus manda-nos amar o próximo, e o primeiro próximo do bispo são os seus sacerdotes, indispensáveis colaboradores, cujo conselho e ajuda buscais, de quem cuidais como pais, irmãos e amigos. Para eles, permaneça sempre aberto o vosso coração, a vossa mão e a vossa porta. O tempo gasto com eles nunca é tempo perdido. Entre os vossos primeiros deveres, conta-se o cuidado espiritual do presbitério, mas não esqueçais as necessidades humanas de cada sacerdote, sobretudo nos momentos mais delicados e importantes do seu ministério e da sua vida.

A fecundidade da nossa missão, amados Irmãos no sacerdócio, não é assegurada pelo número de colaboradores, nem pelo prestígio da instituição, nem ainda pela quantidade de recursos disponíveis. O que conta é estar permeado pelo amor de Cristo, deixar-se conduzir pelo Espírito Santo e enxertar a própria existência na árvore da vida, que é a Cruz do Senhor. E é da Cruz, supremo acto de misericórdia e amor, que se renasce como «nova criação» (*Gl* 6, 15). Querido sacerdote, és *alter Christus*! De São Paulo, insuperável

modelo de missionário cristão, sabemos que procurou conformar-se com Jesus na sua morte para participar na sua ressurreição (cf. *Flp* 3, 10-11). No seu ministério, experimentou o sofrimento, a fraqueza e a derrota, mas também a alegria e a consolação. Isto é o mistério pascal de Jesus: mistério de morte e ressurreição. O mistério pascal é o coração palpitante da missão da Igreja. Se permanecerdes dentro deste mistério, estareis ao abrigo tanto duma visão mundana e triunfalista da missão, como do desânimo que pode surgir à vista das provas e insucessos.

Mas, hoje, existirão ainda estes missionários com a estofa de Paulo, homens e mulheres agarrados à Cruz de Cristo, desposados com Cristo, despojados de tudo para abraçarem o Tudo? Sim, e rejubilamos com tais homens e mulheres consagrados totalmente a Cristo, imolados e identificados com Cristo podendo afirmar: «Já não sou eu que vivo, mas é Cristo que vive em mim» (*Gl* 2, 20). Neste Ano da Vida Consagrada, elevem-se a Deus, das vossas comunidades cristãs, acções de graças e louvores pelo testemunho de fé e serviço que os religiosos e as religiosas oferecem nos diversos sectores da vida eclesial e social, nomeadamente na atenção e solicitude pelos pobres e todas as misérias humanas, materiais, morais e espirituais. Penso na grande quantidade de escolas comunitárias, geridas pelas diversas Famílias religiosas, bem como nos variados centros de acolhimento, orfanatos, casas-família onde vivem e crescem tantas crianças e jovens abandonados; desejo assinalar ainda a heróica dedicação de tantos enfermeiros e médicos, freiras e sacerdotes. Amados Irmãos bispos, mostrai-vos agradecidos pela presença e serviço que as consagradas e os consagrados desempenham em Moçambique; é importante a justa inserção diocesana das comunidades religiosas: não são mero material de reserva para as dioceses, mas carismas que as enriquecem. Entretanto isto não pode ser deixado ao acaso, à improvisação; exige o compromisso das diversas forças e vivências num projecto comum, para que não se dispersem em muitas coisas secundárias ou supérfluas, mas se concentrem na realidade fundamental que é o encontro com Cristo, com a sua misericórdia, com o seu amor, e amar os irmãos como Ele nos amou.

O vosso pastoreio impõe-vos a obrigação de unir, harmonizar e racionalizar as forças eclesiais da diocese. Sei que já o estais fazendo, mas não seja para cada um se fechar no próprio redil ou lamentar-se do que não tem; fazei-o para imprimir um renovado impulso apostólico às comunidades cristãs, imprimir-lhes a dinâmica missionária da saída para acompanhar as pessoas – como fez Jesus com os discípulos de Emaús –, acordando nelas a esperança, abrasando-lhes o coração e suscitando o desejo de regressar a casa, ao seio da família, à Igreja onde habitam as nossas fontes: a Sagrada Escritura, a catequese, os sacramentos, a comunidade, a amizade do Senhor, Maria e os Apóstolos. Possa este clima de «família», o ambiente sereno e cordial entre todos, favorecer o bom entendimento e a colaboração responsável no seio da Igreja que peregrina em Moçambique, convidando os bispos à comunhão entre si e à solicitude pela Igreja universal. Esta solicitude e comunhão vêm-se no real e fecundo funcionamento da Conferência Episcopal, na generosa colaboração entre dioceses vizinhas ou da mesma província eclesiástica que se põem de acordo para oferecer serviços e soluções de interesse comum.

Amados Irmãos no episcopado, descei para o meio dos vossos fiéis, mesmo nas periferias das vossas dioceses e em todas as «periferias existenciais» onde há sofrimento, solidão, degrado humano. Um bispo que vive no meio dos seus fiéis tem os ouvidos abertos para escutar «aquilo que o Espírito diz às Igrejas» (*Ap* 2, 7) e a «voz das ovelhas», inclusive através daqueles organismos diocesanos que têm a tarefa de vos aconselhar e ajudar, promovendo um diálogo leal e construtivo: conselho presbiteral, conselho pastoral, conselho dos assuntos económicos. Não se pode pensar num bispo que não tenha estes organismos diocesanos. Também isto significa estar com o povo. Penso aqui no vosso dever de residência na diocese; solicita-a o próprio povo, que quer ver o seu bispo, caminhar com ele, estar perto dele; precisa desta presença para viver e, de certo modo, para respirar. Sois esposos da vossa comunidade diocesana, ligados profundamente a ela.

Todos recebemos a água do Baptismo, partilhamos a mesma Eucaristia, possuímos o mesmo e único Espírito Santo, que nos recorda o que Jesus nos ensinou. Pois bem! A primeira coisa que Jesus nos ensina é esta:

encontrar-se e, encontrando, ajudar. O encontro com o outro alarga o coração, multiplica a capacidade de amar. Os Pastores e os fiéis de Moçambique precisam de desenvolver mais a cultura do encontro. Jesus pede-vos apenas uma coisa: que vades, procureis e encontréis os mais necessitados. Como não pensar aqui nas vítimas das calamidades naturais? Estas não cessam de semear destruição, sofrimento e morte – como ainda há pouco, infelizmente, fomos testemunhas –, aumentando o número de deslocados e refugiados. Estas pessoas precisam que partilhemos a sua dor, as suas ânsias, os seus problemas. Precisam que as olhemos com amor; é preciso ir ao encontro delas, como fazia Jesus.

Por fim, alargando o olhar ao país inteiro, vemos que os desafios actuais de Moçambique requerem que se promova em medida maior a cultura do encontro. As tensões e os conflitos minaram o tecido social, destruíram famílias e sobretudo o futuro de milhares de jovens. O caminho mais eficaz para contrastar a mentalidade de prepotência e as desigualdades, bem como as divisões sociais, é investir no campo de «uma educação que ensine os jovens a pensar criticamente e ofereça um caminho de amadurecimento nos valores» (*Evangelii gaudium*, 64). Queridos bispos, continuai a apoiar a vossa juventude, sobretudo através da criação de espaços de formação humana e profissional. Neste sentido, é oportuno sensibilizar o mundo dos responsáveis da sociedade e reavivar a pastoral nas Universidades e nas escolas, conjugando a tarefa educativa com o anúncio do Evangelho (cf. *Evangelii gaudium*, 132-134). As exigências são tão grandes, que não há maneira de as satisfazer com as meras possibilidades da iniciativa individual e da união de particulares formados no individualismo. Aos problemas sociais responde-se com redes comunitárias. É necessária uma junção de forças e uma unidade de rumo: a isso ajuda a Conferência Episcopal. Entre as suas funções, menciona-se «o diálogo unitário com a autoridade política comum a todo o território» (*Directório para o Ministério Pastoral dos Bispos*, n. 28). Neste sentido, encorajo uma decidida implementação de boas relações com o Governo, não de dependência, mas de sã colaboração – nos termos do Acordo celebrado em 7 de Dezembro de 2011 entre a Santa Sé e a República de Moçambique –, interessando-se nomeadamente pelas leis que são aprovadas no Parlamento. Amados Bispos, não poupeis esforços no apoio à família e na defesa da vida desde a sua concepção até à morte natural. A este respeito, recordai as opções próprias dum discípulo de Cristo e a beleza de ser mãe acompanhada pelo apoio da família e da comunidade local. A família seja sempre defendida como fonte privilegiada de fraternidade, respeito pelos outros e caminho primário da paz.

Querida Igreja de Deus que peregrinas em terras de Moçambique, amados Irmãos no episcopado, Jesus não vos diz: «Ide! Arranjai-vos!» Mas sim: «Ide, (...) Eu estarei convosco até ao fim dos tempos» (*Mt* 28, 19.20). Está aqui a nossa força e consolação: quando saímos para levar o Evangelho com verdadeiro espírito apostólico, Ele caminha connosco, precede-nos. Para nós, isto é fundamental: Deus sempre nos precede. Quando tivermos de partir para uma periferia extrema, talvez nos assalte o medo; mas não há motivo! Na realidade, Jesus já está lá; Ele espera-nos no coração daquele irmão, na sua carne ferida, na sua vida oprimida, na sua alma sem fé. Jesus está lá naquele irmão. Ele sempre nos precede; sigamo-Lo! Tenhamos a audácia de abrir estradas novas para o anúncio do Evangelho. Confio à Santíssima Virgem Maria, Mãe da Igreja, as vossas esperanças e as vossas solitudes, o caminho das vossas dioceses e o progresso da vossa Pátria, enquanto invoco a Bênção do Senhor sobre todo o povo de Deus que peregrina com os seus pastores na dilecta Nação Moçambicana